



UN RIESGO PARA NUESTRAS INSTITUCIONES

Francisco Orioli

El paulatino crecimiento de las instituciones inspiradas en el humanismo cristiano abre la puerta a cuestionamientos que las obligan a repensarse y volver a situar el norte que les corresponde, cada una según su propia actividad. Para seguir creciendo según el Evangelio, el primer interrogante que deben contestar continuamente es el mismo que hizo Jesucristo a sus discípulos en Cesarea de Filipo: Y ustedes, ¿quién dicen que soy?

La respuesta a esta pregunta es de gran importancia porque el humanismo cristiano sienta sus principios en que Dios crea al hombre a imagen y semejanza suya, y que por él se encarna para salvarlo del pecado. Responder a la pregunta de Jesucristo es reflexionar sobre el lugar que se le confiere a Dios en las elaboraciones políticas, económicas o sociales de la institución y, por lo tanto, por el carácter cristiano de la institución.

Tales instituciones, que pueden ser centros de pensamiento, *think tanks*, o movimientos de acción social, encuentran su sentido pleno en el encuentro con Dios, que dota de dignidad al hombre y lo pone

como centro de la creación. Como institución que es inspirada por el humanismo cristiano, su mirada se dirige primeramente a Dios para iluminar correctamente la realidad de cada hombre con el que se encuentra en su actividad. Por esto mismo, tales instituciones no son antropocéntricas, sino teocéntricas.

Sin embargo, siempre existe la tentación de mirar con mayor detenimiento y aprecio al hombre que a Dios. Se evita o subestima la permanente llamada de Dios al hombre y su vida, por tener ojos solo para las cuestiones que le suceden a éste en su ámbito político, económico o social, clausurando así la invitación de Dios a volver más cristiana la institución. El resultado de caer en esta tentación es una institución que se resiste a la conversión y que, para sostener los principios del humanismo cristiano, acomoda a su conveniencia la presencia de Dios en ella: por un lado, se cree en Él y se considera la dignidad humana a la luz de Dios Creador y el Verbo Encarnado, pero, por otro lado, se acalla la constante interpelación de Dios a las



estructuras que la institución sostiene, sean del corte que sean.

Esta escisión limita la presencia de Dios en la vida de la institución, porque pretende encerrarlo en su dinámica terrenal, esperando que Él sea liberal o socialista, o que cumpla ciertos cánones para poder ser utilizado como fundamento de la institución. Es un Dios que es dejado de lado en todo análisis social y al cual solo se acude de vez en cuando, en una especie de piedad gnóstica que adora a Dios un domingo o cuando las cosas van mal, pero que durante el resto del tiempo pasa a ser un empleado de oficina al cual se le debe decir si está bien o mal abolir la propiedad privada. Así, el humanismo que persigue la institución es falsamente teocéntrico (y por lo tanto falsamente cristiano), porque en su práctica se pone al hombre como centro. El humanismo verdadero es honestamente teocéntrico y cristiano, porque encuentra la razón de la dignidad humana en Dios encarnado y no en sí mismo, de lo cual nuestras instituciones deben ser reflejo.

Esto no es nuevo, ha pasado siempre y probablemente seguirá pasando. De hecho, puede encontrarse una situación similar en el libro del Éxodo, cuando el Pueblo de Israel pierde la fe en Dios y se construye un becerro de oro para adorar. En la encíclica "Lumen Fidei" se señala que el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios [...] y en lugar de tener fe en Él se

prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido porque lo hemos hecho nosotros.

Este aspecto es el que se suele repetir en la tentación de perder la Cruz como centro de cualquiera de nuestras instituciones inspiradas por el humanismo cristiano. No se tolera la incertidumbre del llamado de un Dios que habla en el silencio para encontrarse con nosotros, porque eso implicaría la posibilidad de abandonar la postura política y económica que tan bien nos sienta y que tantas cosas parece satisfacer. En el mismo artículo de la encíclica se señala que ante el ídolo, no hay riesgo de salir de las propias seguridades porque los ídolos "tienen boca y no hablan" (Sal 135, 2), lo cual se muestra cuando se invierte el orden entre Dios y las estructuras creadas por el hombre, que pasan a ser objeto de adoración.

A fin de cuentas, se quita a Dios porque molesta frente a los propios intereses. Se quiere al ídolo que da seguridad, el cual termina oponiéndose a Dios, aunque no se tome conciencia de ello. Se sirven a dos señores, pero como anunció Jesús, esto no se puede lograr. O se sirve a uno o se sirve al otro.

Sin embargo, esa situación aparentemente apocalíptica para nuestras instituciones, tiene una solución. El camino de vuelta es mediante una fe que camina y que más ve mientras hace su camino, aunque lo que vea siempre sea poco. La vuelta es mediante una fe que



dice sí a Dios y se deja mover por este llamado, aunque esto implique un cambio de estructuras y un abandono de preferencias frente a ciertos sistemas; fe que implica una constante conversión y una transformación en el tiempo bajo la luz de Dios vivo.

En este sentido, nuestras instituciones no hacen más que repetir nuestras propias vidas personales, puesto que nuestro camino a casa siempre está marcado por una constante vuelta al Padre y un abandono de nuestras seguridades. Así, aquella institución que más reconozca a Dios como quien le da sentido a su actividad, más cerca estará de hacer las cosas bien.